

LIBROS DE FILO

Debates en Clásicas IV Cultura

Adriana Manfredini (coordinadora)

LETRAS

Debates en lenguas clásicas. Cultura

Debates en lenguas clásicas. Cultura

Tomo IV

Adriana M. Manfredini (coordinadora)



Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Decana
Graciela Morgade

Vicedecano
Américo Cristófalo

Secretario General
Jorge Gugliotta

Secretaria Académica
Sofía Thisted

**Secretaria de Hacienda
y Administración**
Marcela Lamelza

**Secretaria de Extensión
Universitaria y Bienestar
Estudiantil**
Ivanna Petz

Secretaria de Investigación
Cecilia Pérez de Micou

Secretario de Posgrado
Alberto Damiani

Subsecretaria de Bibliotecas
María Rosa Mostaccio

**Subsecretario
de Transferencia
y Desarrollo**
Alejandro Valitutti

**Subsecretaria de Relaciones
Institucionales e
Internacionales**
Silvana Campanini

**Subsecretario
de Publicaciones**
Matías Cordo

Consejo Editor
Virginia Manzano
Flora Hilert
Marcelo Topuzian
María Marta García Negroni
Fernando Rodríguez
Gustavo Daujotas
Hernán Inverso
Raúl Illescas
Matías Verdecchia
Jimena Pautasso
Grisel Azcuy
Silvia Gattafoni
Rosa Gómez
Rosa Graciela Palmas
Sergio Castelo
Ayelén Suárez

Directora de imprenta
Rosa Gómez

Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras
Colección Libros de Filo



ISBN 978-987-4923-51-6

© Facultad de Filosofía y Letras (UBA) 2018

Subsecretaría de Publicaciones
Puan 480 - Ciudad Autónoma de Buenos Aires - República Argentina
Tel.: 4432-0606 int. 167 - info.publicaciones@filo.uba.ar
www.filo.uba.ar

Debates en lenguas clásicas : Cultura / Gastón Javier Basile ... [et al.] ;
coordinación general de Adriana Manfredini. - 1a ed. - Ciudad Autónoma
de Buenos Aires : Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras Universidad de
Buenos Aires, 2019.

200 p. ; 14 x 21 cm. - (Libros de filo ; 4)

ISBN 978-987-4923-51-6

1. Lenguas Clásicas. 2. Latín Clásico. 3. Griego Clásico. I. Basile, Gastón Javier II.
Manfredini, Adriana, coord.

CDD 809

Índice

Palabras preliminares	7
<i>Adriana M. Manfredini</i>	
Representación de las identidades sociales en la interacción agonal (Heródoto VII 140-144)	11
<i>Gastón Basile</i>	
Traducción e interpretación: a propósito de Persio, <i>Coliambos 6, semipaganus</i>	51
<i>Agustín Dei - Mariana S. Ventura</i>	
La brevitatis como término especializado	73
<i>Verónica Iribarren – Melina Jurado</i>	

Diálogo entre clásicos y tardíos: la construcción del canon literario en la Antigüedad tardía	111
<i>Liliana Pégolo – Julieta Cardigni</i>	
Analizar la(s) cultura(s): estudios clásicos, estudios culturales, tradiciones críticas y perspectivas	143
<i>Viviana Diez</i>	
Una introducción básica a las clásicas digitales	165
<i>Martín Pozzi</i>	
Glosario de abreviaturas de obras y autores griegos y latinos citados	191
Los autores	195

Analizar la(s) cultura(s): estudios clásicos, estudios culturales, tradiciones críticas y perspectivas

Viviana Diez

Según Williams, la defensa de una instancia totalmente objetiva y neutra es un lujo solo reservado para quienes consideran sus propias ideas y procedimientos como universales. Escribir es siempre alinearse.

M.E. Cevalco, *Para leer a Raymond Williams*

En las últimas décadas los estudios clásicos han incorporado a su acervo teórico y metodológico una serie de herramientas de análisis provenientes de la teoría literaria contemporánea y del análisis de la sociedad y la cultura que no solo han permitido renovar la lectura de los textos que integran el corpus habitual de trabajo de la disciplina, sino que han habilitado la constitución de nuevos objetos de estudio. Este cambio se hace evidente, por ejemplo, en el modo en que la bibliografía crítica ha reexaminado el canon de la producción discursiva griega y latina, posibilitando así el abordaje de autores considerados menores o el estudio de obras literarias de épocas juzgadas como decadentes y, en consecuencia, poco dignas de atención.¹

Una de las perspectivas teóricas que ha operado en este proceso de transformación en el interior de nuestro campo

¹ Algunos ejemplos son analizados por Fowler (1995) y por Segal (1999).

es la de los llamados *estudios culturales*. Sin embargo, a pesar de que son frecuentemente invocados, la denominación suele comportar cierto grado de imprecisión que permite la inclusión bajo esta denominación de prácticas críticas muy disímiles entre sí, hecho que tiene como consecuencia cierta borrosidad de sus fronteras y sus alcances. Dicha imprecisión se debe, en gran medida, a la inestabilidad y heterogeneidad que predomina en este campo de conocimiento que nos ocupa aquí (Alabarces, 2002: 85). En efecto, bajo esta rúbrica pueden encontrarse tradiciones analíticas disímiles en su origen, desarrollo, posición epistemológica, configuración política e institucionalización académica. A modo de ejemplo, podemos mencionar a la Escuela de Birmingham, la obra de Michel de Certeau, los aportes de la teorización foucaultiana del poder o los estudios de la subalternidad de Spivak o Babba, que, a su vez, fueron recepcionados de modos muy diversos.

En este marco, el presente trabajo se propone, a partir de la exploración de la definición de los estudios culturales y de algunas problemáticas asociadas a este campo, examinar el cruce entre éstos y los estudios clásicos. Consideramos que si bien existen trabajos que han abordado la cuestión, como los de Schein (1999), Kovala (2003) o Miranda (2005-2006), puede resultar de utilidad revisitar la cuestión para dar cuenta de la productividad de este diálogo transdisciplinar que habilita nuevos enfoques en relación con el vasto mundo de la Antigüedad clásica y, sobre todo, exige reexaminar la posición desde la cual este es abordado.

En torno a los *estudios culturales*

Comencemos por la necesidad de plantear una definición, aunque sea provisional, acerca de qué son los *estudios*

culturales. Desde luego, dicha definición, y subsiguiente caracterización, no pretende ser exhaustiva (ya que es vastísima la producción especializada en torno a la cuestión), sino puntualizar ciertos rasgos imprescindibles para abocarnos luego a la relación que da razón a este trabajo. La denominación de estudios culturales, como plantean Caggiaro, Grimson (2010), no alude a una disciplina, ni a espacios institucionales del mundo académico de nuestro país (como departamentos o carreras) sino a una perspectiva teórica que, en el momento histórico de su surgimiento, construyó nuevos objetos y modos de abordaje y que, contemporáneamente, se puede definir como un campo de convergencia de disciplinas y enfoques teóricos donde se pone en cuestión la propia politicidad. Por su parte, la expresión “sociología de la cultura”, a la que frecuentemente se vinculan los estudios culturales, constituye una denominación institucional para espacios de formación e investigación que dan un lugar central a las perspectivas teóricas de dichos estudios. Si bien esta definición resulta operativa, en tanto que, además de señalar algunos rasgos fundamentales sobre los que volveremos, ofrece un encuadre al menos provisorio respecto de la institucionalización del tipo de estudios que nos ocupa, requiere ser ampliada en función de ciertos elementos de carácter fundacional en este tipo de aproximación, que no pueden ser soslayados y que señalan los investigadores recién citados. Con todo, antes de puntualizarlos, es importante precisar que la tradición original a la que se adscribe la práctica de indagación en el marco de los estudios culturales es la inaugurada en Birmingham a partir de los trabajos de los llamados “*founding fathers*”: Hoggart (1957), Williams (1958), Thompson (1963) y Hall-Whannel (1964). Estos estudiosos se abocaron a la reflexión acerca de fenómenos culturales específicos, sobre todo centrados, en un principio, en la cultura de la clase obrera inglesa, pero pron-

to excedieron ese marco y encararon la cuestión de las complejas relaciones entre la cultura, la sociedad y el poder.²

Pero aun cuando es importante rescatar la dimensión histórica de esta tradición, resulta imprescindible, puesto que de ello deriva la concepción de este rumbo de investigación, especificar ciertos rasgos que aparecen como constitutivos del proyecto y que, condicionados por las coordenadas específicas de cada contexto, reaparecen o persisten en el campo de estudios enmarcados en el amplio espectro de los estudios culturales.

El primero de ellos es la ubicación en un lugar central de la pregunta por las relaciones de poder en el plano de la esfera simbólica de la vida de los grupos sociales, a partir del concepto de *hegemonía* y de la *politicidad* de la cultura. En este sentido, se configura como una cuestión clave el examen de las tensiones entre lo subalterno y lo legítimo, lo propio y lo extraño, la semejanza y la diferencia, en relación con la organización de prácticas, valores y creencias. En palabras de Caggiano, Grimson (2010: 18):

Este punto de partida epistemológico de los Estudios Culturales implica que el poder no es externo a la cultura y, además, implica que este no tiene una esencia propia. En términos ontológicos, el poder no es sino ejercicio y relación. Retomando aportes foucaultianos, posmarxistas o ambos, los Estudios Culturales parten de concepciones “no sustanciales” del poder y apuntan sus interrogantes hacia el ejercicio del poder en su carácter polimórfico y dinámico (Foucault, Laclau, Zizek). Se trata, en consecuencia, de poner el énfasis sobre las relaciones sociales en tanto que relaciones desniveladas.

2 La denominación original en inglés *cultural studies* fue acuñada por Richard Hoggart en 1964, cuando se fundó en la Universidad de Birmingham el Centro de Estudios Culturales Contemporáneos o CCCS (Centre for Contemporary Cultural Studies), del cual él fue el primer director.

En segundo término, aparece el otorgamiento de legitimidad como objetos de reflexión o investigación a numerosos “objetos menores” que no habían sido atendidos hasta entonces, como las publicaciones masivas, la publicidad, el humor popular, las prácticas cotidianas de los sectores subalternos, entre otros. Aparece aquí una confluencia con preocupaciones que habían surgido en otros ámbitos, como la historia o la antropología, y que permitirán repensar ciertas categorías como la de “cultura popular” o “cultura masiva”, por ejemplo, que solían adoptarse sin mayor problematización.

Por último, acaso por las preocupaciones políticas que informaron este proyecto desde sus albores y que no acostumbran a ser disciplinares, se postuló la transdisciplinariedad como punto de partida o como desiderátum. A partir de la inspiración gramsciana que propone que un objetivo primordial del estudio de la cultura es dar cuenta de cómo se constituye el sentido común y cómo se implican en él las relaciones de poder, se vuelven relevantes no solo los objetos de la “alta cultura” (como el canon literario) sino también todas las prácticas significantes de la sociedad (como la iconografía urbana). De este modo, se produce una apertura a metodologías y *corpora* de indagación que permiten superar las fronteras disciplinares y establecer programas originales y miradas renovadas sobre objetos ya transitados.

Como podemos observar, en la sucinta caracterización que acabamos de plantear, puede apreciarse la variedad de desarrollos teóricos que confluyen en esta perspectiva, tanto en términos fundacionales como en su desarrollo posterior y contemporáneo. Alabarces (2002) sintetiza este panorama señalando los elementos que resultan medulares en la constitución de los estudios culturales: la innovación teórica en el marxismo que, en gran medida influida por la situación coyuntural de la izquierda británica, lleva a los desarrollos

del marxismo occidental,³ la convergencia de ciertas tradiciones desplazadas (crítica literaria, historia social, “*history from below*”) en un espacio intelectual novedoso, la búsqueda de una teoría materialista y no idealista de la cultura, la recepción crítica del estructuralismo francés, la lectura tal vez demasiado optimista de las miradas de Michel de Certeau acerca de la condición resistente de la lectura subalterna y, sobre todo, la incorporación decisiva de la obra de Antonio Gramsci y de su noción de *hegemonía*. El pensamiento gramsciano conducirá a una definición de la cultura como un proceso por el que se construyen socialmente y se transforman históricamente significados y definiciones y a su concepción como espacio de disputa por el sentido, con autonomía relativa. A partir de esta constelación de elementos se configuran muy diversos trayectos intelectuales de complejidad creciente, y no exentos de disputas, en particular asociadas a los procesos de institucionalización.⁴ Como puede seguirse de las reflexiones de los intelectuales que intentan definir esta perspectiva, quienes en la mayor parte de los casos son deudores de ella en su propia producción, el enfoque de los estudios culturales presenta en su constitución y en su desarrollo una serie de tensiones que, ya presentes en relación con sus prácticas más habituales e instaladas en la academia, se vuelven todavía más evidentes en su vinculación con campos, como el de los estudios clásicos, que no estuvieron presentes en los horizontes primeros de su desarrollo y que resultan, a primera vista, ajenos. De esta relación nos ocuparemos a continuación.

3 El mismo Williams (2009:13) repasa los antecedentes de su trabajo en la introducción de *Marxismo y Literatura* y subraya la frecuentación de los escritos del último Lukács, del último Sartre, de Benjamin y la Escuela de Frankfurt, de Althusser y, desde luego, de Gramsci.

4 Para un panorama de ciertos nudos problemáticos contemporáneos en el campo de los estudios culturales, *cfr.* Hall (2006) y García Canclini (2010), este último en particular para el ámbito latinoamericano.

Miradas acerca de la relación de los estudios culturales con los estudios clásicos

El vínculo entre los estudios clásicos y los estudios culturales puede abordarse desde, por lo menos, dos ángulos: por un lado, a partir de la producción que específicamente se ha abocado al examen de la relación; por otro, a través de los estudios que se han valido de esta perspectiva teórica para abordar objetos tradicionales de la filología clásica o para constituir nuevos objetos en dicho campo.⁵ Entre los trabajos que se ocupan del primer aspecto señalado, interesa revisar el artículo de S. Schein (1999), que resulta un completo punto de partida para la reflexión sobre este tema. Este comienza con una caracterización del campo de los estudios culturales en la que se subraya la condición de politicidad que hemos referido y se repasan las influencias y orígenes que puntualizamos en el apartado anterior.⁶ A continuación, plantea la poca receptividad que a su juicio existe entre los classicistas respecto de los estudios culturales: “relatively few classicists do work that is informed by Cultural Studies; as a discipline, Classics has for the most part been unaffected by this new field. This is true even in the most innovative and progressive classical enclaves.” (*op. cit.* 286). A su juicio, esto es atribuible a cierta tendencia a aislar los estudios literarios de los estudios de la historia y la cultura, propia de la influencia del *New Criticism* de la década del 60, el cual, a su vez, había resultado de un intento de superación de la visión positivista alemana decimonónica de la *Altertumswissenschaft*. Estos posicionamientos, entre los que,

5 Cabe especificar, en este sentido, que entendemos *filología clásica* en un sentido amplio, que presupone pero excede la dimensión ecdótica.

6 En esta caracterización incorpora como elemento central el desarrollo de Foucault acerca de la naturaleza del poder y su visión de la cultura como un entramado de discursos en competencia y coexistencia (1999: 285).

en opinión del autor, se desplaza la producción académica del campo, son en parte los responsables de cierto grado de marginalización y aislamiento que parece afectar contemporáneamente a los estudios clásicos. Su examen de la construcción de la noción de *classicus* y la influencia de esta tradición en la academia norteamericana lo llevan a plantear que es una tarea imperiosa para los clasicistas la revisión de la forma específica que ha adquirido históricamente la tradición clásica. Para esto resulta imprescindible revisar el modo en que esta ha configurado el canon, muchas veces como consecuencia de una lectura acrítica y descontextualizada que ha funcionado como una suerte de censura sobre textos que presentan problemas metodológicos o ideológicos. En otros términos, es insoslayable una mirada reflexiva sobre las prácticas de la propia disciplina:

No one should be better able than trained classical scholars to understand the construction of a classical tradition, to help students to grasp the historical process by which texts are de-historicized, appropriated and transformed, with the result that they may lose their original power to criticize and call into question. (2009: 293-294)

Frente a este estado de cosas, Schein propone que en los estudios culturales puede hallarse una respuesta que permita revertir esta situación. Sobre este aspecto volveremos más adelante.

El trabajo de Miranda (2005-2006) se plantea asimismo abordar descriptivamente la conjunción de los campos de indagación que nos ocupan. Resulta interesante el inventario que aporta acerca de diversas categorías utilizadas en la práctica analítica en los estudios culturales, derivadas de la definición que ofrece de los mismos. En ella se subraya

el compromiso de los estudios culturales con el examen integral de las artes, creencias e instituciones de la sociedad, así como de sus actividades culturales. Al respecto, señala Miranda (2005-2006: 235):

En auxilio de esta definición, se pueden mencionar las categorías más utilizadas en la actividad actual de los estudios culturales: la identidad y la historia semántica de la otredad, la nacionalidad, el colonialismo y el poscolonialismo, el cosmopolitismo y las diásporas, el género, la sexualidad, la etnicidad, la articulación entre culturas dominantes y subculturas, la historia de las instituciones y la institucionalización, el poder legitimado del pasado, el fin (en su doble acepción) de las disciplinas académicas, entre otras. A ellas se suman ciertas nociones fundamentales de los estudios culturales, como la de centro y periferia acuñadas por Edward Said, que es posible situar históricamente en los contextos coloniales del Helenismo y el Orientalismo. No es coincidencia que muchas de dichas categorías resulten hoy temas relevantes para los estudios clásicos, tal como lo demuestran, por un lado, las actividades de los ámbitos académicos hacia ellos orientados (cursos, seminarios, proyectos de investigación) y, por otro, la atención reflexiva que merecen en las publicaciones del área de la especialidad de nuestro país y también del mundo.

Ahora bien, si por un lado, tal como puede apreciarse en la cita, aparece en este estudio un examen que da cuenta de ciertos encuadres y preocupaciones específicas de los estudios culturales, por otro, el foco, en un todo legítimo, del artículo parece orientarse a plantear la necesaria y deseable renovación permanente de nuestra disciplina, como

lo demuestra una síntesis inicial acerca de la naturaleza de la filología clásica y la consideración de otras tendencias renovadoras ajenas a los estudios culturales y relacionadas con la teoría literaria como el movimiento denominado por Fowler como *New Latin*. Esta mirada un tanto más general se puede apreciar en la visión que plantea esta autora acerca de la situación de la disciplina:

En síntesis, ya se están dando los primeros pasos en el campo de los estudios clásicos en pos de un trabajo que los vincule con el de los *estudios sociales y culturales* y es posible que el futuro de la tradicional disciplina humanística estribe, precisamente, en no quedarse aislada y permanecer atenta a las necesidades de una sociedad multicultural, tarea facilitada para sus estudiosos por la característica multicultural de las sociedades helenística y romana de las que se ocupa. (2005-2006: 241; énfasis propio)

La propuesta apunta a una vinculación más amplia, tal como lo expresa la fórmula “estudios sociales y culturales”, que desdibuja de este modo la especificidad del enfoque que estamos examinando pese al tratamiento detallado que el artículo le brinda a algunas producciones explícitamente afinadas en el cruce que nos interesa indagar. Cabe en este punto traer a colación la advertencia hecha por Schein (1999) acerca de no confundir el trabajo de ciertos clasicistas comprometidos en investigaciones marcadas por un alto grado de interdisciplinariedad con la adopción de un enfoque propio de los estudios culturales. Como ejemplo, señala la producción de J. P. Vernant, P. Vidal-Naquet, N. Loreaux, M. Detienne y sus discípulos, que han transformado nuestra comprensión de las instituciones, valores, religión y *mentalité* de la antigua Grecia a partir de interrogar con nuevas y diferentes preguntas sus

textos y fuentes. Sin embargo, los desarrollos de esta “escuela de París” estuvieron más interesados en patrones culturales de pensamiento y conocimiento que en el poder y la construcción de la vida cotidiana, preocupaciones centrales de los estudios culturales. En opinión del autor, esta última perspectiva ha hecho sentir su influencia en ciertas indagaciones acerca de la colonización griega arcaica y las poéticas culturales “concerned not only to describe ancient institutions but to critique and call into question how these institutions are studied by modern scholars” (*op. cit.* 286).

Un tercer artículo dedicado a indagar las relaciones entre estudios clásicos y culturales es el de Kovala (2003). Si bien es anterior cronológicamente al de Miranda, presenta una estructura más relacionada con el segundo modo que hemos descrito como posible para examinar esta relación —en el que nos centraremos a partir de aquí—. Esto se debe a que no se aboca a un análisis histórico o conceptual de estos campos y sus vinculaciones, sino que revisa en detalle la publicación de un número particular de la revista *Parallax* (núm. 29, 2003) como un emergente de la posibilidad de relación entre los enfoques que nos ocupan. Dicha publicación apunta específicamente, en términos de Kovala, a mapear la relación entre ambas orientaciones de investigación y a iniciar un diálogo entre ellas. Lo hace tomando como foco de interés temas relacionados con la Grecia clásica, cuyo tratamiento está a cargo de helenistas y algunos teóricos de las ciencias políticas. A partir de su reseña de los diferentes temas tratados en el volumen, que repasa uno a uno junto con los trabajos que lo integran, presenta una evaluación global a la que vale la pena atender: “What strikes me as positive is that the articles of the thematic issue go straight to discussing their topic and materials without dwelling extensively on the Cultural Studies framework, although it clearly motivates the issue” (p. 187).

Esta ausencia de desarrollo respecto del marco teórico a partir del que se realiza el abordaje de ciertos objetos, sobre cuya valoración volveremos más adelante, resulta evidente también en algunos trabajos del área de los estudios latinos. A modo de ejemplo, y sin pretensión de exhaustividad, nos referiremos a obras claves en el estudio de las culturas populares en la antigua Roma. Es relevante, en nuestra opinión, considerar este ejemplo, puesto que el examen de la problemática de la(s) cultura(s) popular(es) es sin duda un espacio de indagación que presenta una larga tradición y de particular fecundidad en los estudios culturales.

El primer caso a revisar es *The culture of the Roman Plebs* de N. Horsfall. El libro, publicado en 2003, indaga diversos aspectos de las prácticas culturales de los actores sociales subalternos, en particular su relación con los entretenimientos, la educación y la transmisión oral. Su autor aspira a aportar nuevas evidencias que abran caminos originales de investigación en pos de problematizar las diferencias y continuidades de clase en la Roma antigua, en relación con los consumos culturales y la dimensión simbólica. En la presentación de su trabajo, reconoce que en el origen de estas investigaciones estuvo la clásica obra de R. Hoggart, *The uses of literacy*, uno de los textos seminales de la corriente de los estudios culturales, hecho que se aprecia en el desarrollo del planteo de Horsfall, en particular en la novedosa constitución de su objeto y en su interés por la elucidación de los mecanismos que permiten dar cuenta de las dinámicas de convergencia y diferenciación en la estructura jerárquica de la sociedad romana. Sin embargo, esta relación no se desarrolla en detalle, ni se aprecia un intento por evidenciar el modo en que se intersectan los campos de investigación.⁷

7 En la reseña que escribe sobre este volumen, Goldberg (2004) le atribuye la condición de “under-theorized”.

Por su parte, J. Toner publica en 2009 *Popular Culture in Ancient Rome* que, como resulta evidente, se incluye en un espacio de intereses comunes con el texto mencionado anteriormente. En este caso, también se refiere tangencialmente a Hoggart y al mismo Horsfall, pero no se explicita un encuadre vinculado a los estudios culturales; antes bien, se afirma que el trabajo de P. Burke constituye el “model study of historical popular culture” (*op. cit.* 198). Sorprende la presencia de la colateral referencia teórica mencionada en un trabajo que se distancia del modo de abordaje usual de los estudios culturales, al tiempo que recupera muchos de sus interrogantes y problemas.⁸

Como podemos observar, la discusión respecto de abordajes, perspectivas teóricas y problemas de investigación está lejos de quedar agotada, antes bien, parece estar en ocasiones relegada, probablemente por ser considerada innecesaria. En este sentido, cobra interés la advertencia de Schein respecto de la importancia de no confundir enfoques similares, que desde luego comparten el interés por el estudio de la cultura, con la vinculación específica de ciertas indagaciones con la línea de los estudios culturales. En términos de encuadre teórico, es preciso ir más allá de la presencia de cierta familiaridad, tanto si ésta se da en los objetos o preguntas involucradas, cuanto si se reduce a referencias explícitas pero poco desarrolladas.

Para concluir este recorrido, cabe preguntarse si las reflexiones que hemos reseñado tienen vigencia y pertinencia en el marco de los estudios clásicos de nuestro ámbito nacional y latinoamericano. Consideramos que más allá de los detalles atinentes a los trayectos institucionales que son propios de cada país y región y que aparecen de modo recurrente en las indagaciones sobre la cuestión, la revisión de

8 Otro tanto podría decirse del trabajo de Knapp, *Los olvidados de Roma*, publicado en 2011.

dichas reflexiones conduce más al planteo de un programa, de una posible trayectoria de desarrollo, que a un diagnóstico exhaustivo de la situación, que excede los límites de este trabajo. Esta cuestión interesa particularmente a nuestro planteo y es la dimensión en la que nos centraremos en el tramo final de este capítulo.

Perspectivas en el cruce (y un camino posible)

El camino recorrido hasta aquí, en el que pretendimos brindar un panorama de las relaciones entre estudios clásicos y estudios culturales, nos ha mostrado que las confluencias son posibles, aunque no exentas de tensión. Uno de los aspectos que se ha evidenciado como problemático es el de la dimensión de la temporalidad. En efecto, como hemos mencionado, en su origen los estudios culturales se abocaron a cuestiones propias de la cultura contemporánea y es en esos campos en los que han obtenido sus mayores logros:

Respecto de la constitución del campo de estudio, los trabajos de algunos de los más importantes representantes de los estudios culturales británicos tuvieron entre sus principales méritos y desafíos elevar una serie de objetos “menores” al estatus de objeto de estudio: los medios masivos de comunicación, los medios alternativos, la literatura popular y masiva, el ocio, los deportes y el uso del tiempo libre, el “mundo del espectáculo” en sus diversas aristas, etcétera. (Rodríguez, 2014: 62)

Este repertorio de intereses parece a simple vista muy alejado de la posibilidad de confluir en un campo común con la Antigüedad clásica, no solo por la actualidad de estos obje-

tos, sino también por un común denominador compartido: la condición de cierta ajenidad respecto de la cultura letrada. Si los estudios culturales cuentan entre sus méritos justamente el haber cuestionado y desarticulado la jerarquía naturalizada de los productos y prácticas culturales (Williams, 2015: 99-104), los estudios clásicos se enfrentan de modo permanente a los efectos y consecuencias de las concepciones tradicionales que influyeron en los mecanismos de selección y olvido de los testimonios de la Antigüedad. Estos vacíos, de los cuales la problematización del concepto de *cultura* ha permitido tomar creciente conciencia, son solo subsanables a partir de una lectura que rastree más los silencios que las afirmaciones, más los indicios que las evidencias.⁹

Así pues, cabe replantear la pregunta acerca de si son posibles los estudios culturales del pasado. V. Wohl (2003) examina esta cuestión y plantea que la antipatía entre los estudios clásicos y los culturales deriva de dos posiciones antitéticas sostenidas en el interior de cada uno de estos campos. Por un lado, los estudios culturales, influidos por la desconfianza en las narrativas teleológicas de la historia tradicional y en cierta atemporalidad de los planteos estructuralistas, pueden caer en una suerte de fascinación por el presente que obture y fragmente la comprensión de sus relaciones con el pasado; por otro, los estudios clásicos deben prevenirse de la fantasía de contar con un objeto de estudio a salvo de las contingencias del hoy: “classics too often dreams of a past uncontaminated by the present, and thus risks becoming mere antiquarianism” (*op. cit.* 99).

Frente a esta diferencia, Wohl rescata un rasgo en común entre ambos que no siempre resulta visible: las “clásicas” se-

9 Aunque ajenas al campo específico de los estudios culturales, resulta imprescindible recurrir en este aspecto a reflexiones teóricas y prácticas críticas fundacionales en estos intereses de investigación como las de Bajtin (1987), Burke (1978) y Ginzburg (1981), entre otros. Para una discusión del problema en relación con un objeto de estudio concreto, *cfr.* Diez (2012).

rían en algún sentido “estudios culturales” en tanto intentan analizar la cultura en sus diversos productos y prácticas, tanto elevados como ordinarios. A modo de ilustración refiere una anécdota que revela rispideces, pero también un sustrato común a estos espacios de investigación: cuando se abrió el centro de estudios culturales de Birmingham, el área de estudios clásicos lo objetó sosteniendo que ya existía un centro de estudios culturales —llamado “clásicos”—. Esta fue una de las razones por las que la nueva institución sumó a su denominación el término *contemporary* (Centre for Contemporary Cultural Studies).¹⁰

La propuesta de esta autora, frente a la aparente mutua antipatía, es establecer un diálogo que resultará productivo para ambas disciplinas¹¹ puesto que favorecerá que cada una interrogue la política de producción de sus propios objetos y su relación con la temporalidad. Se advierte así la potencialidad de este vínculo, que profundizaremos a continuación.

Ciertamente, otros autores han señalado este mutuo provecho, enfatizando particularidades del área de los estudios clásicos que la hacen fecunda para algunos desarrollos, como por ejemplo el estudio de la multiculturalidad. Esta

10 Este “*common ground*” (Wohl, 2003: 99) también parece estar en el origen de posiciones tan distantes como las de Parker (1922) y Marcus (2006). El primer trabajo, casi una curiosidad de museo, plantea el valor de los textos clásicos en la formación integral de los estudiantes y el segundo historiza la trayectoria de lo que describe como indagaciones acerca la cultura, fijando un punto de partida en el estudio de los clásicos griegos y latinos, pasando por la constitución de las “humanidades” como categoría académica y finalizando con un comentario acerca de la renovación propuesta por los estudios culturales. Si bien ninguno de estos trabajos puede vincularse a la corriente de los estudios culturales tal como los entendemos aquí (uno por simple anacronismo, el otro por su ingenuo posicionamiento ideológico), estos parecen confirmar la intuición de ciertas coincidencias y afinidades que resultaría provechoso profundizar.

11 Utilizamos en este tramo la noción de *disciplina* para referir a los estudios culturales por ser la empleada por la autora citada, si bien contradice la definición que preferimos y hemos expuesto al principio de este trabajo.

preocupación, de gran relevancia en el ámbito de los estudios culturales,¹² presenta desafíos y oportunidades específicas para los estudios clásicos. Al respecto, Gruen señala:

The proposition that multiculturalism and the study of classical antiquity are somehow at cross-purposes strikes me as peculiar and paradoxical. Few societies have been more multicultural than those clustered about the Mediterranean. [...] Far from being a threat to the study of antiquity, multiculturalism stands at its very core. (1992: 2)

En ningún sentido esta potencialidad debe ser entendida como un camino sencillo, que solo haga más fácil la supervivencia de los estudios clásicos en los ámbitos académicos, donde en ocasiones parecen estar amenazados. Antes bien, se trata de adquirir mayor profundidad en nuestra comprensión de la Antigüedad, pese a las dificultades que estas aproximaciones pueden entrañar, como advierte Myerowitz Levine:

From the start, any multicultural approach to classics must confront certain obvious pitfalls. In no way, let me caution immediately, should we attempt simplistically to give equal time to everybody through a kind of cultural egalitarianism, arguing in a value-free way that all Mediterranean cultures were more or less basically alike and should be regarded as co-equal. [...] Nor, finally, should we engage in a fruitless mythic search for origins with fresh news on the bottom line on who stole what from whom. (1992: 219-220)

12 Para una descripción sucinta del problema, por demás amplio, *cfr.* Neiburg, 2002: 89-92.

Esta característica multicultural de las sociedades de la Antigüedad clásica, en particular la romana y la helenística, es señalada también por Miranda (véase *supra*).

Un segundo rasgo de indudable vigencia y cierta tradición en los estudios clásicos, que se relaciona directamente con uno de los presupuestos básicos del trabajo en el ámbito de los estudios culturales, es la adopción de perspectivas interdisciplinarias. Es innegable en la actualidad la influencia y cooperación en el abordaje de los textos y testimonios griegos y latinos de las teorías literarias contemporáneas, la antropología, la religión, las artes visuales, la psicología, la historia, los estudios comparativos, etcétera (Segal, 1999: 8).¹³

Ahora bien, estas afinidades y potencialidades no deben inducirnos a creer que el camino ya ha sido transitado y que nos enfrentamos al recurrido lugar de *nihil novum sub sole*. Schein (1999), entre otros, es muy enfático al proponer el modo en que los estudios culturales pueden promover en los estudios clásicos la cautela respecto de las nociones heredadas, complacientes y poco discutidas, de “clásico”, “humanístico”, al reponer en ellas su espesor histórico y desarticular su naturalización como elementos de la “alta cultura”, productos de un proceso social en el que la desigualdad económica y simbólica son determinantes. Complementariamente, la comprensión de la cultura que provee esta perspectiva teórica permite advertir que las diferencias de género, clase, etnia y sexualidad resultan más fundamentalmente constitutivas de las sociedades que la idea de unos rasgos compartidos por todos, frente a los que cabe preguntarse: ¿compartidos por quién?, ¿cómo?, ¿en qué condiciones? En palabras de este estudioso: “I think that the most

13 Resulta interesante percibir la frecuencia y la sensación de hábito de este tipo de aproximación al objeto de estudio en la introducción de Horsfall (2003: 8), obra que hemos comentado anteriormente. En ella el autor se refiere al trabajo conjunto entre la historia y los estudios literarios (o más bien entre los historiadores y él mismo).

important lesson Classics can learn from Cultural Studies is that cultures, including classical cultures, consist not of a single, authoritative tradition, but of multiple, competing discourses, practices and values” (p. 287).

Esta propuesta de cruce y relación entre estudios culturales y clásicos dista de ser simplemente una respuesta al cuestionamiento del que en ocasiones es objeto nuestra disciplina (Gruen, 1992: 1-2). Se trata de asumir la politicidad de la investigación que llevamos adelante: los estudios clásicos están constituidos tanto por un cuerpo de conocimiento asociado a límites lingüísticos, cronológicos o geográficos como por nuestras respuestas y construcciones acerca de las culturas de la Antigüedad (Beard, Henderson, 1995).¹⁴

Sin duda, numerosos estudios de la Antigüedad clásica revelan una alta conciencia de estas problemáticas y han contribuido a complejizar nuestra apreciación de las culturas antiguas, alejándolas de las concepciones modélicas que habilitaron usos y apropiaciones de “lo clásico” muchas veces peligrosos. La explicitación de las categorías en juego, para las cuales los estudios culturales proveen un andamiaje teórico complejo y útil, puede facilitar un diálogo *con y en* el presente del cual los estudios clásicos no pueden sustraerse. Ninguna práctica intelectual está exenta de aislarse y perder rigor crítico y conciencia de las implicancias políticas, en sentido amplio, de sus opciones teóricas, sus objetos y, en definitiva, su posicionamiento en relación con el pensamiento hegemónico —ni siquiera los estudios culturales, pese a su estrecha relación fundacional con las contiendas ideológicas de su época, han escapado a ello (Jameson, 1998)—.

14 “Classics concerns whole cultures and the whole range of our responses to those cultures. And so it concerns what is salacious, sordid, or funny, no less than what is informative or improving” (*op. cit.* 105)

Los estudios clásicos, en tanto asuman esta vigilancia como parte de su programa, tienen mucho que aportar en la construcción de la conciencia acerca de lo contingente, circunstancial y arbitrario de nuestra civilización y de nuestros valores. En definitiva, si ni las coordenadas axiológicas ni la organización de la sociedad pertenecen al orden de lo natural, bien pueden ser modificadas en función de una sociedad más justa e igualitaria en términos de clase y de género.

Bibliografía

- Alabarces, P. (2002). Estudios culturales. En Altamirano, C. (dir.) *Términos críticos de la sociología de la cultura*, pp. 85-89. Buenos Aires, Paidós.
- Bajtín, M. (1987). *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento*. Madrid, Alianza.
- Beard, M., Henderson, J. (1995). *Classics: A Very Short Introduction*. Oxford, Oxford University Press.
- Burke, P. (1978). *La cultura popular en la Europa Moderna*. Madrid, Alianza.
- Caggiano, S., Grimson, A. (2010). Respuestas a un cuestionario: posiciones y situaciones. En Richards, N. (ed.) *En torno a los Estudios Culturales. Localidades, trayectorias y disputas*, pp. 17-30. Santiago de Chile, CLACSO.
- Diez, V. (2012) Algunas consideraciones metodológicas acerca de la indagación de lo popular en la comedia latina republicana. En *Actas del V Congreso Internacional de Letras*, pp. 1046-1052. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras.
- Fowler, D. (1995). Modern Literary Theory and Latin Poetry: some Anglo-American Perspectives. En *Arachnion - A Journal of Ancient Literature and History on the Web*, núm. 2 (septiembre). En línea: <<http://www.cisi.unito.it/arachne/num2/fowler.html>>
- García Canclini, N. (2010). Estudios Culturales: ¿Un saber en estado de diccionario?. En Richards, N. (ed.) *En torno a los Estudios Culturales. Localidades, trayectorias y disputas*, pp. 123-131. Santiago de Chile, CLACSO.

- Ginzburg, C. (1981 [1976]). *El queso y los gusanos*. Barcelona, Muchnick.
- Goldberg, S.M. (2004). Review to *The Culture of Roman Plebs*. En *Journal of Roman Studies*, núm. 94, pp. 202-203. Reino Unido, Society for the Promotion of Roman Studies.
- Gruen, E. (1993). Cultural Fictions and Cultural Identity. En *Transactions of the American Philological Association*, núm. 123, pp. 1-14. Baltimore, The Johns Hopkins University Press.
- Hall, S., Whannel, P. (1964). *The Popular Arts*. Londres, Hutchinson.
- (2006 [1980]). Estudios Culturales: Dos Paradigmas. En *Revista Colombiana de Sociología*, núm. 27, pp. 233-254. Bogotá, Departamento de Sociología.
- Hoggart, R. (1957). *The Uses of Literacy: Aspects of Working-Class Life*. Londres, Chatto and Windus.
- Horsfall, N. (2003). *The culture of the Roman Plebs*. London, Duckworth.
- Jameson, F. (1998). Sobre los 'Estudios Culturales'. En Jameson, F., Zizek, S. *Estudios Culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo*, pp. 69-136. Buenos Aires, Paidós.
- Knapp, R. (2011). *Los olvidados de Roma. Prostitutas, forajidos, esclavos, gladiadores y gente corriente*. Barcelona, Ariel.
- Kovala, U. (2003). Strained Relations? Mediations between Classical Studies and Cultural Studies. En *Circe, de clásicos y modernos*, núm. 8, pp. 179-188. Buenos Aires, Universidad de la Pampa.
- Marcus, S. (2006). Humanities from Classics to Cultural Studies: Notes toward the History of an Idea. En *Daedalus*, núm. 135.2, pp. 15-21. Cambridge, The Mit Press Journals.
- Miranda, L.R. (2005-2006). Estudios clásicos y estudios culturales: investigación, problemas y perspectivas. En *Circe, de clásicos y modernos*, núm. 10, pp. 229-245. Buenos Aires, Universidad de la Pampa.
- Myerowitz Levine, M. (1992). Multiculturalism and the Classics. En *Arethusa*, núm. 25, pp. 215-220. Maryland, Johns Hopkins University Press.
- Neiburg, F. (2002). Etnocentrismo / relativismo. En Altamirano, C. (dir.) *Términos críticos de la sociología de la cultura*, pp. 89-92. Buenos Aires, Paidós.

- Parker, T. V. (1922). The Classics as Cultural Studies. En *The School Review*, vol. 30, núm. 4, pp. 288-293. Chicago, The University of Chicago Press.
- Rodríguez, M.G. (2014) *Sociedad, cultura y poder. Reflexiones teóricas y líneas de investigación*. San Martín, UNSAM EDITA.
- Schein, S. (1999). Cultural Studies and Classics: Contrasts and Opportunities. En Flakner, T., Felson, N., Konstan, D. (eds.) *Contextualizing Classics. Ideology, Performance, Dialogue. Essays in Honor of John J. Peradotto*, pp. 297-311. Nueva York, Rowman and Littlefield.
- Segal, Ch. (1999). Introduction: Retrospection on Classical Literary Criticism. En Flakner, T., Felson, N., Konstan, D. (eds.) *Contextualizing Classics. Ideology, Performance, Dialogue. Essays in Honor of John J. Peradotto*, pp. 1-15. Nueva York, Rowman and Littlefield.
- Thompson E.P. (1963). *The making of the English Working Class*. Londres, Victor Gollancz.
- Toner, J. (2009). *Popular Culture in Ancient Rome*. Cambridge, Polity Press.
- Williams, R. (1958). *Culture and Society*. Londres, Double Day & Company.
- (2009 [1977]). *Marxismo y literatura*. Buenos Aires, Las Cuarenta.
- (2015 [1981]). *Sociología de la cultura*. Buenos Aires, Paidós.
- Wohl, V. (2003) Time on Trial. En *Parallax*, núm. 4, pp. 98-106.